

peces viven en el agua y para mí es mucho más difícil rastrear en el agua que en tierra firme, por lo cual... tendré que pedir un suplemento. Otro bolsón como éste repleto de monedas de oro cantantes y sonantes, y me desprendo de las alforjas de la miseria y compro un esclavo... ¡Bravísimo, Quilón, hijo de Quilón!... Eres huérfano de padre y madre; mas en breve tendrás compañía y compañía á la cual podrás sacar el jugo. El noble Vinicio pagará la comida y el vestido... ¡Ay, cuán pesada es esta existencia! ¿Qué se hicieron aquellos tiempos en que por un óbolo se podía uno hartar de habas con grosura de cerdo ú obtener un pedazo de salchicha de cabra no menos largo que el brazo de un muchacho de doce años?... Pero héteme aquí, ya, en la casa de ese ladrón de Esporo. Ningún sitio mejor que una taberna para averiguar algo.

Discurriendo de esta manera entró y pidió un jarro de lo tinto, y advirtiendo una mirada de desconfianza en el tabernero, sacó una moneda de oro y la arrojó encima del mostrador.

— Esporo — le dijo — he trabajado desde la aurora hasta el medio día con mi amigo Séneca y he aquí lo que me ha dado como estrena.

Los ojos redondos de Esporo se redondearon todavía más á la vista de la moneda, y como por encanto apareció el jarro delante de Quilón. Este, con el dedo mojado en vino, trazó sobre la mesa un pez y preguntó:

— ¿Sabes tú lo que esto significa?

— ¿Un pez?... ¡pues significa un pez!

— Tú eres un memo, aunque pongas tanta agua al vino que podria criarse muy bien un pez dentro. Esto es un símbolo que, en el lenguaje filosófico, significa la *sonrisa de la Fortuna*. Si lo hubieses adivinado, ten por cierto que acabarías en gran señor. Honra de otra suerte á la filosofía, pues de lo contrario cambiaré de taberna, conforme me lo aconseja desde hace mucho tiempo mi íntimo amigo Petronio.

IV

En muchos días Quilón no se dejó ver de Vinicio, el cual, desde que le revelara Actea que Ligia le amaba, sentía más ardorosamente el deseo de encontrarla y no se daba punto de

reposo haciendo averiguaciones con los recursos de que disponía, pues en manera alguna quiso impetrar el auxilio del César.

Murió, en tanto, la infantil Augusta. De nada sirvieron los sacrificios á los dioses, las plegarias, los votos, el arte de los médicos, los conjuros de la hechicería, á la que se acudió como recurso extremo. Nerón, que llegó al paroxismo de la alegría cuando aquella vino al mundo, se affigió hasta lo indecible al verla expirar. Estuvo dos días sin probar bocado y, aunque su palacio se hallaba á todas horas invadido por muchedumbre de senadores y augustales que acudían á darle el pésame, no quiso recibir á nadie. El Senado se reunió en sesión extraordinaria y acordó deificar á la difunta y levantarle un templo, consagrando á su culto una comunidad especial de sacerdotes. En los otros templos se hicieron sacrificios en honor de la *nueva diosa*, se fundió su *vera efigies* en estatuas de metales preciosos y se le consagraron funerales tan espléndidos que constituyeron como un *triunfo*, durante el cual representó el César por modo admirable su papel de padre desconsolado, haciendo tales demostraciones de dolor que la plebe lloró con él, tendiéndole al propio tiempo las manos en espera de liberalidades, y admirando, especialmente, la singularidad del espectáculo.

A Petronio esta muerte le conturbó. Nadie en Roma ignoraba que Popea la atribuía á un sortilegio y lo mismo repetían los médicos para justificar la impotencia de sus esfuerzos, los sacerdotes, cuyos sacrificios habian sido inútiles, los hechiceros, que temían por su vida, y todo el pueblo. Petronio se alegraba de que Ligia hubiese desaparecido. Pero como no quería mal á los Aulo y deseaba su propio bien y el de Vinicio, en cuanto se hubo quitado el ciprés puesto delante del Palatino en señal de luto, asistió á la recepción de los senadores y de los augustales, para tantear el terreno y saber hasta qué punto daba crédito Nerón á las acusaciones contra Ligia y al propio tiempo prevenir, en caso necesario, las posibles consecuencias. Como le conocía á fondo, no dudaba que aparentaría creer en el sortilegio aún cuando ninguna fe diese á la acusación; en primer término, para consolarse de la irreparable pérdida; en segundo lugar, para vengarla en la persona de alguien, y, finalmente, para evitar que se pudiese decir que los dioses habian castigado en la hija los crímenes del padre. Y bien sabia que, de todas maneras, exageraría su aficción.

No se engañó Petronio. Con los ojos fijos en un punto del espacio, escuchaba el César las palabras de consuelo que le dirigian los augustales y los senadores. Era evidente que, si por acaso sufría, se preocupaba más de la impresión causada sobre los espectadores que de su propio dolor. Estatua viviente de Niobe, interpretaba el desconsuelo paternal como un histrión en la escena. No supo mantenerse por mucho tiempo en esta inmovilidad taciturna y de pronto se puso á gesticular, haciendo ademán de arrojarse puñados de ceniza sobre la cabeza y gimiendo sordamente. En cuanto vió á Petronio, dió un salto y gritó con voz trágica:

— ¡Eheu!... tú también eres causante de su muerte. Gracias á tus consejos penetró en esta casa el espíritu maléfico que segó en flor la vida de mi idolatrada hija... ¡Desgraciado de mí! Más valiera que mis ojos no hubiesen visto ¡jamás la luz de Helios (1). ¡Desdichado de mí!... ¡Eheu! ¡Eheu!...

Levantando por grados la voz, acabó por dar estridentes gritos. Petronio, comprendiendo el peligro inminente que corria, determinó en un instante jugarse el todo por el todo y, alargando la mano, arrancó del cuello de Nerón el pañuelo de seda que siempre llevaba y le tapó con él la boca.

— ¡Señor! — exclamó — ¡Arda Roma, el universo entero, con tu dolor; pero consérvese tu voz!

Los circunstantes quedaron aterrados y el mismo Nerón no pudo disimular el asombro que le causó la audacia de Petronio. Pero éste sabia bien lo que se hacia, pues no ignoraba la orden dada á Terpnos y á Diodoro de tapar la boca al César en cuanto, por elevar demasiado la voz, pusiera en peligro la garganta.

— ¡César! — añadió en tono melancólico — ya que tan terrible pérdida nos ha herido en medio del corazón, ¡quédenos al menos como consuelo esta fuente de purísimos goces!...

Ligero temblor agitó el semblante de Nerón, cuyos ojos se convirtieron en abundantes fuentes de lágrimas. Luego apoyó las manos en los brazos de Petronio, dejó descansar la cabeza sobre su pecho y exclamó, gimiendo:

— ¡Sólo tú, sólo tú has pensado en esto!... ¡sólo tú, Petronio! ¡sólo tú!

La envidia puso livido el rostro de Tigelino. Petronio, ya dueño de la situación, continuó:

(1) El Sol.

— ¡Parte para Ancio! Allí vino al mundo, y allí, donde tu corazón rebosó de alegría, debes buscar consuelo á tus pesares. El aire del mar vigorizará tu garganta divina y las salobres brisas ensancharán tus pulmones. Nosotros, tus fieles servidores, te seguiremos, esforzándonos en mitigar tu aflicción con los desvelos de la amistad, y aliviarás tú la nuestra con tus cantos.

— ¡Si! — dijo Nerón, con voz plañidera — ¡y allí escribiré un himno en su honor y compondré yo mismo la música!

— Y en seguida irás á Bahía, cuyo sol te confortará..., y luego á buscar el olvido en Grecia.

La tristeza se fué disipando, como se disipan las nubes que por un momento velan la luz del sol. Se habló, sin dejar el tono melancólico, de viajes, de bellas artes y de las fiestas que habrían de celebrarse con motivo de la anunciada visita de Tiridates, rey de Armenia. Tigelino intentó renovar en el ánimo de Nerón la sospecha del sortilegio; mas Petronio, teniendo por segura la victoria, aceptó la batalla sin titubear.

— Tigelino — dijo — ¿crees tú que los dioses son accesibles á los efectos de la hechicería?

— El mismo César lo afirma — contestó el interpelado.

— Por boca del César hablaba el dolor... Pero ¿qué opinas tú?

— Entiendo que los dioses, por su inmenso poder, están inmunes á la influencia de los hechizos.

— Entonces ¿niegas la divinidad del César y de su familia?

— ¡*Peractum est!* — murmuró Eprio Marcelo, que estaba de pie al lado de Petronio, repitiendo la exclamación de que se valia el pueblo para denotar que un gladiador vencido en las luchas del Circo no necesitaba ser rematado.

Tigelino se mordió los labios. De antiguo, existía ostensible rivalidad entre él y Petronio, y, con respecto al favor del César, le llevaba una ventaja y era que su presencia no imponía á éste circunspección alguna. Mas Petronio, cuando se encontraban frente á frente, solía derrotarle con las certeras estocadas de su ingenio y la sutileza de sus razonamientos. Callóse también esta vez, como otras muchas, Tigelino; mas no dejó de observar, procurando retener sus nombres, qué senadores y augustales rodeaban á Petronio cuando éste se retiró á uno de los ángulos de la estancia.

Al abandonar el Palatino, Petronio se dirigió á casa de Vinicio y, después de haberle relatado lo acontecido, agregó:

—De esta manera, no solamente he salvado de un peligro inminente á Aulo Plaucio y á Pomponia, sino que he conseguido nuestra propia salvación y la de la misma Ligia. He persuadido, como te digo, á *Barbarroja* de que debe partir para Ancio y de allí trasladarse á Nápoles y á Bahía. Escuso decirte que, después de esto, ya no se acordará más de nuestra fugitiva... Estoy bien seguro de que emprenderá este viaje, porque arde en deseos de exhibirse en el teatro de Nápoles, cosa á que no se ha atrevido en Roma. Sueña, además, en un viaje á Grecia, en cuyas principales ciudades quiere cantar, para volver luego á Roma triunfalmente, agobiado bajo el peso de las coronas. Durante este tiempo podremos buscar á Ligia con entera libertad y, si damos con ella, ponerla en lugar seguro... Y de nuestro egregio filósofo ¿qué sabes?

—Tu egregio filósofo es un granuja. No se le ha vuelto á ver el pelo, ni creo que se lo volvamos á ver.

—Tengo más favorable opinión, si no de su probidad, al menos de su astucia. Ha logrado sangrar tu bolsa una vez y no dudes que intentará sangrarla otras.

—¡Pues que cuide de que no le sangre yo á él!

—No lo hagas. Ten calma hasta que te convenzas de su falsedad. No le des más dinero y prométele una extraordinaria recompensa para cuando te traiga noticias ciertas. Por tu parte, ¿no has hecho indagaciones?

—Mis dos libertós Ninfidio y Demas, con sesenta hombres, la buscan. He prometido la libertad al esclavo que logre hallarla. Además, he enviado correos á todos los caminos para que pregunten á los mesoneros si han visto pasar á Ligia y Osó. Yo mismo exploro noche y día las calles de la Ciudad.

—Si averiguas algo, participámelo en seguida. Entre tanto voy á hacer mis preparativos para el viaje á Ancio.

Vinicio media la estancia á grandes pasos. Petronio, después de contemplarle un rato, exclamó:

—Dime con franqueza, sin montar en cólera, como un hombre razonable que contesta escuetamente á la pregunta de un amigo: ¿Amas á Ligia tanto como al principio?

Vinicio se paró en seco, miró á su interlocutor como si no le hubiese visto en su vida, y luego reanudó el paseo por el aposento. Era evidente que se esforzaba en reprimirse. Por fin, el sentimiento de la propia impotencia, los remordimientos, la ira y una invencible tristeza le hicieron asomar á los ojos dos

lágrimas, que impresionaron á Petronio más que un elocuente discurso.

En el momento en que se despedían, anunció un esclavo á Quilón Quilónides.

—¿Qué te dije yo?... Mas ¡por Hércules! conserva la sangre fría, pues de lo contrario este hombre te gobernará á su antojo.

—¡Salud y toda suerte de bienandanzas al noble tribuno militar, y á ti también, señor!—dijo Quilón entrando.—¡Que vuestra dicha iguale á vuestra gloria, y que ésta se extienda por todo el haz de la tierra, desde las columnas de Hércules á las fronteras de los Arsácidas!

—¡Bien venido sea el faro de la virtud y de la sabiduría!—contestó Petronio.

Vinicio, con fingida calma, preguntó:

—¿Qué nos traes?

—La primera vez te traje sólo la esperanza, hoy te traigo la certidumbre de que encontraremos á la muchacha.

—¿De manera que no la has encontrado todavía?

—No, honorable señor; pero he descubierto el significado de la figura trazada por Ligia sobre la arena. Sé quien la ha robado y sé entre qué gentes hay que buscarla.

Vinicio estuvo á punto de saltar del asiento; pero Petronio le retuvo poniéndole la mano sobre el hombro y dijo á Quilón:

—Prosigue.

—¿Estás bien seguro, señor, de que la muchacha dibujó un pez?

—Seguro, —contestó Vinicio.

—Pues bien; es cristiana y los cristianos la robaron.

Siguió á estas palabras profundo silencio.

—Oye, Quilón—dijo al fin Petronio:—mi sobrino te promete una cuantiosa suma si llegas á indicarle el punto en donde se halla oculta la doncella; pero te destina una no menos cuantiosa suma de azotes si le engañas. En el primer caso podrás comprarte, no uno, sino tres amanuenses. En el segundo, toda la filosofía de los siete sabios unida á la tuya no te bastará para cataplasmas.

—La muchacha — repitió el griego — es cristiana.

—Piénsalo bien, Quilón. Tú no eres imbécil. No ignoramos que Julia Silviana y Calvia Crispinilla acusaron á Pompo-

nia Grecina de profesar las supersticiones cristianas; mas también sabemos que el tribunal de familia la absolvió por falta de pruebas. ¿Pretendes tú, ahora, renovar la acusación? ¿Quieres persuadirnos de que Pomponia y Ligia pertenecen á la secta de los enemigos del género humano; de los que envenenan fuentes y pozos, de los que adoran una cabeza de asno, de los que inmolan criaturas, de los que se entregan al más desenfrenado libertinaje? Piénsalo bien, Quilón... porque es muy posible que esta *tesis*, que con tanto aplomo nos enuncias, se te convierta en *antítesis* sobre las espaldas.

Quilón abrió los brazos é inclinó la cabeza, como para expresar el sentimiento de no ser creído.

— Señor — replicó; — pronuncia en griego estas palabras: *Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Salvador*.

— ¡Perfectamente!... Están pronunciadas... ¿y qué?

— Pues forma con sus iniciales un nuevo vocablo (1).

— ¡Pez! — exclamó Petronio con asombro.

— Este es el emblema de los cristianos — concluyó el griego muy poseído de su penetración.

El argumento era tan decisivo que Petronio y Vinicio no supieron que contestar.

— Y de esto infiero — añadió — que la doncella es cristiana.

— ¿Con qué Pomponia y Ligia envenenan fuentes y pozos, degüellan niños y se entregan al libertinaje? ¡Ea, basta! Tú, Vinicio, has permanecido algunos días en su casa; yo, en realidad, sólo he pasado por ella; pero conozco demasiado á Aulo y á Pomponia y aún á la misma Ligia para poder asegurar que cuanto dice este hombre es absurdo y vil calumnia... Y si por acaso el pez fuese emblema cristiano, y, por consiguiente, profesaran esta religión Ligia y Pomponia, entonces... ¡por Proserpina! los cristianos son gente muy distinta de lo que suponemos.

— Hablas como Sócrates, señor — observó Quilón. — ¿Quién ha hecho indagaciones para saber qué son los cristianos; quién ha estudiado su doctrina? Cuando me vine de Nápoles á Roma, hace tres años, topé en el camino con un médico llamado Glauco, que era cristiano, y, no obstante (tengo de ello la plena convicción), era hombre honrado y virtuoso.

— Y ¿es Glauco quien te ha explicado el símbolo?

(1) *Ιησους Χριστος θεου υιος Σωτηρ* cuyas iniciales forman: ΙΧΘΥΣ.

— Desgraciadamente, señor, aconteció que, estando en una hostería, acuchillaron al venerable anciano, y unos mercaderes se llevaron á su mujer y á su hijo en calidad de esclavos. Por lo que á mi respecta, perdí estos dos dedos defendiendo á aquellos infelices. Pero si es cierto que los cristianos hacen milagros, como se asegura, espero que me serán repuestos.

— ¡Cómo! ¿Eres tú también cristiano?...

— ¡Desde ayer, señor, desde ayer!... El signo ha obrado la conversión... ¡asómbrate de su poder! Dentro de pocos días me habré convertido en celoso neófito, y, naturalmente, los correligionarios me iniciarán en todos sus secretos y me dirán donde se oculta la doncella. Confío en que el fervor cristiano me será mejor recompensado que la filosofía. He prometido sacrificar á Mercurio, si me auxilia en mis indagaciones, dos terneras con los cuernos dorados.

— Pero, tu flamante cristianismo y tu filosofía, ¿no te impiden creer en Mercurio?...

— Yo creo siempre en lo que me conviene creer, y ésta es la base de mi sistema filosófico que, en su consecuencia, debe de ser muy del agrado de Mercurio. Pero bien sabéis, nobles señores, cuán desconfiado es este dios. No tiene fe en las promesas, siquier sean las de un integérrimo filósofo, y preferirá, sin duda, recibir las dos terneras por adelantado, lo cual, como comprenderéis, representa un gasto enorme. Y como yo no soy un Séneca, ni mucho menos, en modo alguno podría hacer esta liberalidad si tú, noble Vinicio, no te dignases darme un piquillo á cuenta.

— ¡Ni un óbolo, Quilón! — dijo Petronio — ¡ni un óbolo! La generosidad de Vinicio excederá á tus esperanzas en cuanto nos descubras el refugio de la doncella. Entre tanto, procura que Mercurio te abra crédito por las dos becerras; si bien, dada su perspicacia, no me sorprenderá que no te fie.

— Atendedme, nobles señores. No me negaréis que mi descubrimiento es de excepcional importancia. Es cierto que no he encontrado á la muchacha; pero no lo es menos que he dado con la pista. Habéis enviado libertos y esclavos á explorar la Ciudad y á recorrer los caminos. ¿Os ha proporcionado alguno de ellos el menor indicio? No. Únicamente el hijo de mi padre os ha suministrado noticias de algún valor. Más os diré: es posible que haya cristianos entre vuestros esclavos, porque esta superstición se ha extendido más de lo que podéis imaginaros. Y

estos esclavos, lejos de serviros de auxiliares, os harán traición. Hasta conviene, para asegurar el golpe, que no me vean con frecuencia en esta casa y que hagáis correr la voz de que el objeto de mis visitas es venderte, á ti, Vinicio, un unguento gracias al cual tus caballos alcanzarán la victoria en las luchas del Circo. Me he comprometido á buscar, yo solo, á los fugitivos, y sin ayuda de nadie los encontraré; confiad en mi y tened por seguro que todo anticipo me servirá de estímulo. ¡Ah, si! Como filósofo desprecio el dinero, por más que no lo desprecien Séneca, Musonio ni Cornuto, los cuales, ciertamente, no han perdido ningún dedo en defensa del prójimo, y pueden, por tanto, escribir sus pensamientos y legar un nombre á la posteridad. Pero además del esclavo que deseo comprar y de las dos terneras que he prometido á Mercurio (y bien sabéis, señores, cómo ha encaecido el ganado), las indagaciones exigen gastos considerables... ¡Os ruego que me atendáis un instante más!... De tanto andar, durante estos días, me he llagado los pies. Para hablar con toda clase de gente he tenido que meterme en las tabernas, en las tahonas, en las carnicerías, en los tenduchos de los vendedores de frutas y de pescado; he recorrido todas las calles y callejones; me he aventurado en las madrigueras de los esclavos fugitivos; he jugado á la morra y he perdido más de cien ases; he departido con hosteleros, lavanderas, trajineros, escultores, dentistas, confeccionadores de pomadas y vendedores de higos pasos. Y, finalmente, he pasado muchas horas en los cementerios. Y ¿sabéis por qué tanto trajín? Para trazar un pez delante de mis interlocutores y ver si comprendían su significado. Pero todos se quedaban tan frescos y nada pude advertir en mucho tiempo. Por último, encontré á un viejo esclavo que, sacando agua de una fuente, lloraba. Me acerqué al affigido y le pregunté cuál era la causa de su llanto. Nos sentamos en las gradas de la fuente, y me dijo que, sextercio á sextercio, había ahorrado la suma necesaria para comprar la libertad de un hijo único, en quien adoraba, y que su amo, un tal Pansa, habiéndole hallado el dinero, se quedó con él y conservó á su hijo como esclavo. Esta es la causa, añadió el anciano, de mi llanto, pues aunque no me cansé de repetir: «hágase la voluntad de Dios» no puedo, misero pecador, contener las lágrimas. Tuve entonces como un presentimiento; con el dedo humedecido en el agua del cubo tracé un pez sobre el peldaño en que estábamos sentados; apenas hube terminado el diseño,

me dijo el buen hombre: «Si, en Cristo he puesto toda mi esperanza.» Le pregunté: «¿Me has reconocido por este signo?», á lo que contestó: «Si; la paz sea contigo.» No me fué ya difícil sonsacar al pobre hombre. Su amo, Pansa, es un liberto del otro Pansa, el patricio ilustre, y se ocupa en transportar piedras á Roma, por el Tiber. Sus esclavos y multitud de plebeyos que trabajan á jornal descargan las piedras de las barcazas y de noche las llevan á los edificios en construcción. Entre ellos hay muchos cristianos y lo es también el hijo de aquel viejo, el cual, en acabando su relato, se echó de nuevo á llorar y yo mezclé con las suyas mis lágrimas, lo que no me costó gran trabajo porque tengo buen corazón y, además, me dolían las llagas de los pies. Dijele en seguida que, habiendo llegado de Nápoles pocos días antes, no conocía á ningún correigionario, y hasta ignoraba el punto en que se reunían para orar. Quedóse mi hombre asombrado de que los cristianos de aquella Ciudad no me hubiesen dado cartas de presentación para sus hermanos de Roma y me citó, para la noche, en las orillas del rio, asegurándome que me haría conocer á algunos correigionarios; que me acompañaría á las casas donde rezan y que me presentaría á los ancianos que dirigen la comunidad. Fué tanto mi alborozo al oír estas palabras que le entregué la suma necesaria para comprar á su hijo, confiado en que la generosidad de Vinicio me la reembolsaría por partida doble...

Petronio le interrumpió diciendo:

— Quilón: en tu relato la mentira, como el aceite en el agua, flota sobre la verdad. Tengo por indudable que hemos dado un gran paso para el hallazgo de la fugitiva. Pero son escusadas tus marrullerías. ¿Cómo se llama el viejo por medio del cual has descubierto el significado del símbolo cristiano?

— Euricio, señor. ¡Pobre viejo! Me hizo acordar del infeliz Glauco á quien defendi contra los bandoleros, y esto, especialmente, me predispuso en su favor.

— No dudo que has trabado amistad con ese hombre y que de ella sabrás sacar provecho; mas tengo por seguro que no le diste un as. ¿Oyes? ¡Ni un as!

— Le ayudé, empero, á sacar el agua y le hablé de su hijo con la más grande conmiseración. Es muy cierto, señor (no lo he de negar, ya que nada escapa á tu perspicacia) que no le he dado dinero; mejor dicho, se lo di; pero mentalmente, en intención... lo que le bastara si fuese un verdadero filósofo...

y se lo di por estimar tal largueza como indispensable y útil. Observa, señor, cuántas simpatías me captará entre sus correigionarios este acto de liberalidad, y cuánta confianza pondrán todos en mí después de haberlo realizado.

—Es cierto—replicó Petronio;—debiste obrar de tal suerte,

—A eso vengo precisamente; á que me proporcionéis los medios.

Petronio se volvió á Vinicio y le dijo:

—Hazle entregar cinco mil sextercios, pero sólo en intención... mentalmente.

Vinicio contestó, dirigiéndose al griego:

—Te haré acompañar por uno de mis servidores que llevará consigo la suma necesaria; dirás á Euricio que es tu esclavo y le entregarás en su presencia el dinero. No obstante, como me has traído una noticia importante, te será dada una suma igual. Vuelve esta tarde por el esclavo y por el dinero.

—¡Eres un verdadero César!—exclamó Quilón.—Te ruego, señor, que me permitas dedicarte el libro que estoy preparando... y que me consientas también venir esta tarde á retirar el dinero que me ofreces, porque en cuanto á Euricio no podré verle hoy, pues me ha dicho que se habían descargado ya todas las barcazas y que hasta dentro de algunos días no saldrian otras de Ostia. ¡*Pax vobiscum!* Este es el saludo de los cristianos... ¡Compraré un esclavo!... Los peces se cogen con anzuelos y los cristianos con peces. ¡*Pax vobiscum, pax, pax, pax!*

V

De Petronio á Vinicio:

«Te envío esta carta por un esclavo de confianza y espero que, cuanto antes, me llegará tu respuesta por el mismo mensajero, aunque tu mano esté más avezada al manejo de la lanza y de la espada que al del estilo. Te dejé en camino de lograr tu objeto y supongo que habrás ya satisfecho tus deseos.

«Por si acaso tuvieses curiosidad de saber lo que ocurre en la corte del César, te escribiré á menudo. Ahora nos hallamos en Ancio, cuidando nuestra voz divina. Continúa hostigándonos el implacable odio á Roma y pasaremos el invierno en Bahía

con ánimo de exhibirnos en el teatro de Nápoles, pues los napolitanos, por ser griegos, pueden apreciar mejor el mérito de nuestro canto que los lobeznos de las riberas del Tiber. La gente acudirá en tropel á oírnos desde Bahía, Pompeya, Puteoli, Cumas y Estabia, y las tempestades de aplausos y los montones de coronas nos animarán á emprender el proyectado viaje á Acaya.

«¿Si nos acordamos de la niña Augusta? Sí; la lloramos todavía y cantamos en su honor himnos compuestos por nuestra propia mano, tan bellos, que las sirenas, pálidas de envidia, se han ocultado en lo más profundo de los abismos de Anfitrite. Pero, á buen seguro, nos escucharían con gusto los delfines si los mugidos del mar les consintieran tanta dicha. Nuestra afición subsiste aún y la exhibimos en todas las actitudes no reñidas con las exigencias del arte estatuario. ¡Ah, querido amigo mío! Necesariamente hemos de parar en histriones.

«Están aquí todos los augustales y también todas las augustanas, con el aditamento de quinientas burras cuya leche sirve para bañarse Popea. Tenemos, además, diez mil servidores. El infeliz Torcuato Silano es ya más una sombra que un ser vivo. Está decretada su muerte por el nefando delito de ser biznieto del divino Augusto.

«Esperábamos, como sabes, á Tiridates; pero héte aquí que Vologeso nos ha escrito una carta injuriosa, puesto que en ella nos dice que, habiendo conquistado la Armenia con sus propias fuerzas, cree justo que se la cedamos, para regalarla al susodicho Tiridates; á lo cual añade que si no se la cedemos de buen grado se la quedará por la fuerza. ¡Háse visto insolencia! ¡Nada que hemos decidido declararle la guerra! A Corbulón se le concederán los mismos poderes discrecionales de que se invistió á Pompeyo el Grande durante las luchas contra los piratas. *Barbarroja* ha vacilado un momento antes de tomar esta resolución, porque teme la popularidad que el triunfo puede dar á aquel caudillo. Poco ha faltado para que confiáramos el mando de las legiones á Aulo. Popea no lo ha consentido... A esta mujer se le ha atragantado la virtud de Pomponia.

«Vatinio nos prepara combates extraordinarios de gladiadores en Benevento. Observa en lo que vienen á parar los zapateros en nuestros días, no obstante lo que dice el proverbio: *Sutor ne supra crepidam*. Vitelio es vástago de zapateros y de

un zapatero hijo Vatinio, y aun es muy posible que éste, en sus mocedades, haya empuñado también la lezna.

«Pistrión representó ayer admirablemente el *Edipo*. Como es hebreo, le pregunté si cristianos y judíos son una misma cosa, á lo que me contestó que la religión judaica ha existido siempre, mientras que los cristianos constituyen una nueva secta que ha tenido su origen en Judea. Imperando Tiberio, crucificóse allí á un hombre cuyos sectarios, que aumentan de día en día, creen á pie juntillas que el crucificado es un dios. Parece que no quieren admitir la existencia de otros dioses, en especial la de los nuestros. No se me alcanza en qué podría esto perjudicarles.

«Tigelino no me disimula su enemiga. No es hombre para medir sus fuerzas conmigo; pero, sin disputa, me lleva la ventaja de tener más apego á la vida y de ser más canalla, cualidad esta última que le hace persona grata á los ojos de *Barbarroja*. Más pronto ó más tarde entrambos se pondrán de acuerdo, y entonces mi caída será inevitable. Es preciso, pues, gozar de la vida, la cual, en verdad, no sería carga muy pesada si no gobernara el mundo este mico que llega á despertar el odio á la propia existencia. A veces me imagino que soy un Quilón, adulador y bufonesco. A propósito de Quilón: cuando no lo necesites envíamelo, pues me ha caído en gracia su agudeza. Saluda á tu divina cristiana y dame noticias de tu salud—Vale».

De Vinicio á Petronio:

«¡No he encontrado á Ligia todavía! Si no me fortaleciese la esperanza, no recibirías esta respuesta, porque faltan los deseos de escribir cuando causa enojos la vida.

«Quise cerciorarme de que Quilón no me engañaba y la noche en que vino por el dinero que había de entregar á Euricio le seguí, envuelto en un manto. Llegados á la ribera del río el filósofo y el muchacho por quien le hice acompañar con la bolsa, observé oculto detrás de una columna. El griego se acercó á un viejo que, junto con otros hombres, descargaba piedras de una barcaza, y un instante después el anciano caía de hinojos y los demás hombres se agrupaban á su alrededor dando gritos de júbilo. El muchacho entregó á Euricio la bolsa. Este la tomó, y, levantando los ojos al cielo, se puso á orar; otro esclavo, sin duda su hijo, se arrodilló también á su lado,

mirando al cielo y moviendo los labios. Quilón dijo algo que no me fué posible entender é hizo en el aire la señal de la cruz, que debe de ser sagrada para ellos, puesto que todos se arrodillaron. Yo sentía tentaciones de salir de mi escondite y plantarme en medio del grupo para ofrecer tres bolsas llenas de oro á quien me revelara el sitio en que Ligia se oculta; me hizo desistir, sin embargo, el temor de echar á perder, con una imprudencia, lo ganado.

«Ocurrió esto unos doce días después de haber emprendido tú el viaje á Ancio. De entonces acá Quilón ha venido á verme muchas veces. Asegura que ha adquirido entre los cristianos gran predicamento y que el no haber encontrado todavía á Ligia se debe á que son muy numerosos en Roma, por lo cual muchos ni se conocen siquiera y menos pueden saber lo que acontece en la comunidad; lo que se explica todavía más si se tiene en cuenta que, por punto general, son muy prudentes y poco expansivos. Pero al mismo tiempo afirma que en cuanto haya trabado amistad con los ancianos, á quienes llaman presbíteros, sabrá cuanto se le antoje. Conoce ya á algunos; mas el temor de infundirles sospechas le ha movido á mantenerse á la expectativa y á no dirigirles ciertas preguntas. Por más que la espera es angustiosa y no me sobra la paciencia, me hago cargo de sus razones y espero.

«Ha descubierto, además, que para orar en común los cristianos se reúnen en sitios determinados, extramuros, en casas abandonadas y aún en los *arenarios*. En tales lugares, que son muy numerosos, adoran á Cristo y cantan himnos. Supone Quilón que Ligia asiste únicamente á los sitios á que no va Pompeonia, con el objeto de que ésta pueda jurar sin falsedad, en caso de interrogarla, que ignora su refugio. Es posible que los mismos presbíteros hayan aconsejado á Ligia esta conducta. Cuando Quilón conozca todos los lugares en que los cristianos se reúnen yo le acompañaré, y te juro que si los dioses me otorgan el don de encontrarla no se escapará de mis manos.

«La impaciencia me atormenta. Quilón no permite que le siga, temiendo que le comprometa. Los cristianos se reúnen de noche; pero te aseguro que conoceré á mi Ligia aun cuando vaya disfrazada, cubra su rostro con un velo y esté á oscuras el lugar donde se halle, pues su voz ó sus ademanes la delatarán.

«Mañana volverá Quilón y tal vez saldremos juntos. Iremos armados. Han regresado algunos de los esclavos que envié á

recorrer los caminos; no han hallado rastro de los fugitivos. Tengo la convicción de que se halla en la Ciudad y no lejos de mí. He explorado muchas casas so pretexto de alquilarlas ¡Qué miseria hay en algunas! Sin duda estará mejor conmigo que en esas casucas. Cuando haya recorrido todas las de la Ciudad exploraré las de extramuros. Cada mañana me levanto con la esperanza de encontrarla. Si ésta me llegase á faltar, moriría... por más que ya me voy muriendo de pena y que es para mí suplicio insoportable esperar á Quilón, inactivo, en casa. — Vale».

VI

El griego no se dejó ver de Vinicio en mucho tiempo. En vano trataba éste de convencerse de que, para asegurar el golpe, era preciso proceder con lentitud. Su naturaleza impetuosa se rebelaba contra la voz de la razón. Estarse quieto, esperar con los brazos cruzados, eran cosas contrarias á su carácter. Recorrer las calles cubierto con un manto de esclavo á nada conducía ya. Sus libertos, todos hombres astutos, á quienes habia ordenado que hicieran indagaciones, se mostraban en este asunto cien veces menos perspicaces que Quilón. Y á medida que, á causa de las contrariedades, su amor á Ligia iba creciendo, se consolidaba también en su alma la obstinación del jugador que quiere ganar á todo trance. No era esta testarudez nueva en él; espoleados todos sus deseos por la pasión, apenas comprendía que una empresa pudiera fracasar ó que fuese preciso desistir alguna vez de llevarla á cabo. La disciplina militar habia refrenado algo su natural violento; pero al mismo tiempo le acostumbró á ser obedecido ciegamente por sus inferiores y á considerar su voluntad como omnimoda. Por esta razón, la huida de Ligia le sacó de quicio, y, si unas veces se sobreponía en su corazón el amor á la ira y deseaba poseer á la doncella para contemplarse en sus ojos, otras vencía la cólera al amor, imaginando suplicios tremendos para vengarse de lo que consideraba punible acto de desobediencia. Estos pensamientos le torturaban, y las conjeturas acerca de la conducta de Quilón agravábanle el malestar en términos que no comía ni dormía, enflaqueciendo rápidamente y perdiendo hasta la belle-

za física. Por cualquier falta imponía crueles castigos á los esclavos; los mismos libertos se le acercaban temblando, y como todos acabaron por odiarle, se encontró aislado, y el aislamiento le enfureció aún más y le llevó á extremar los suplicios. Solamente Quilón escapaba á los efectos de su cólera. El muy taimado supo aprovecharse de la situación y gobernaba al patricio á su antojo. Al principio aseguraba que el hallazgo de la muchacha era cosa fácil; mas en cuanto se convenció de su predominio, se volvió exigente, expuso por modo llano y escueto las dificultades de la empresa é inventó otras para ponderar el propio valer.

Tras larga ausencia pareció al fin, mas con el rostro tan desencajado, que Vinicio, al verle, se puso blanco como la cera y corriendo á su encuentro le dijo:

— ¿No está entre los cristianos?...

— Si, está — contestó Quilón; — pero también he hallado entre ellos á Glauco.

— Y ¿quién es Glauco?

— Se ve, señor, que no te acuerdas ya de aquel desgraciado anciano con quien vine de Nápoles á Roma y en defensa del cual perdí los dedos que en esta mano me faltan. Los facinerosos le robaron á su mujer y á su hijo, después de haberle acuchillado, dejándole moribundo en una hostería. Le he llorado mucho tiempo; pero héte aquí que, de improviso, descubro que está vivo y que pertenece á la comunidad cristiana de Roma.

Vinicio no alcanzaba á comprender la trascendencia de las palabras del griego; pero presintió que el tal Glauco constituiría un nuevo obstáculo para el hallazgo de Ligia. Dominando, no obstante, la ira que le ardía en el pecho, dijo:

— Pues si le defendiste, en pago de tu generosidad te ayudará en la empresa de buscar á Ligia.

— ¡Ay de mí, noble tribuno! Si los dioses pocas veces son agradecidos, ¿qué ha de ocurrir con los hombres?... Por desgracia, el viejo, sea por sus muchos años, sea por sus desdichas, tiene flaca la memoria y no solo no agradece mi heroica acción, sino que he sabido por uno de sus correligionarios que me acusa de complicidad con los bandoleros y que sostiene que soy yo el causante de sus desventuras. Esta es la recompensa que me da por la pérdida de los dedos.

— Tengo la certeza, bribón, de que el hecho ocurrió tal como lo relata — repuso Vinicio.